

## CAPITULO X.

EXPOSICION SUMARIA DE LA DOCTRINA EXPUESTA EN EL ENSAYO,  
SOBRE LA INDIFERENCIA EN MATERIA DE RELIGION.

---

Los que combatieron los principios expuestos en la tercera parte del *Ensayo sobre la Indiferencia*, habian olvidado enteramente las dos primeras ó no las leyeron con atencion, pues contienen la misma doctrina, y no se comprende como,

aprobando las dos primeras , se ataca la tercera Si lo que decimos en ella es falso , tambien lo es toda la obra y debe borrarse hasta la última línea.

En efecto , ¿ qué establecemos en las dos primeras partes ? que quien se separa de la Iglesia católica , precisamente es herege , deista ó ateo ; que estos tres grandes sistemas de error estriban sobre el mismo punto , es decir que el herege , el deista y el ateo , que parten de un principio común que es la supremacía de la razon humana , suponen que prescindiendo de toda fe y autoridad , cada uno de los hombres debe hallar la verdad por medio de su propia razon sola , ó , lo que es lo mismo , con el auxilio de la Escritura interpretada por la sola razon , y no debe admitir por lo mismo como verdadero sino lo claro , evidente y demostrado á esta misma razon ; y que este principio conduce necesariamente al herege , que es consecuente , hácia el deismo , al deista hácia el ateismo y al ateo hácia el escepticismo absoluto.

\* Véanse los capítulos v , vi de la parte I y el cap. 1 de la II parte del *Ensayo sobre la Indiferencia*.

Esto es lo que probamos en la primera y segunda parte del *Ensayo*.

¿ Qué decimos en la tercera ? que quien parte del principio de la soberanía de la razon humana , es decir , quien se imagina que prescindiendo de toda fe y autoridad , debe hallar la verdad por medio de su propia razon sola , y no admitir por lo mismo como verdadero sino lo claro , evidente y demostrado á esta misma razon , cae , si es consecuente , en un escepticismo universal.

Esta proposicion idéntica con la precedente , no podria ser verdadera en nuestra primera parte y falsa en la tercera . Atacar esta , es atacar la obra por entero ó contradecirse patentemente.

Combatiendo los tres grandes sistemas de indiferencia ó de incredulidad , nos hemos dedicado sobre todo á probar , por el ejemplo de todos los incrédulos y hereges \* , que quien toma su juicio privado , su razon individual como regla de sus creencias , se ve precisado á negar gradualmente todas las verdades . En el capítulo Iº de

\* Los deistas y los ateos son los hereges del género humano , como los hereges son los incrédulos de la Iglesia.

la IIIª parte, considerando este principio de error de un modo mas general, no tratamos solo del herege, del deista y del ateo, sino de los filósofos aun religiosos que sostienen que cada hombre considerado en individuo y sin relacion con sus semejantes, debe hallar en sí la certeza. Demostramos que el hombre, de este modo aislado, no puede estar cierto razonablemente de nada, y que todos los hombres juntos no podrian adquirir la certeza razonable, ó demostrar nada plenamente sin haber hallado antes á Dios.

Confesamos que faltaban en esta parte de nuestra obra una ó dos frases que hubieran evitado la mayor parte de las dificultades contra ella suscitadas. Nos hemos descuidado en advertir que el principio de nuestro capítulo Iº de la IIIª parte no era mas que un análisis sumario de los principales sistemas de filosofia; y ha sucedido que, creyendo atacarnos, han sido atacados los filósofos que hemos combatido, haciendo

\* *Ensayo*, parte III, cap. I, el principio de certeza.

• *Ensayo*, ibid.

ver, lo que acabamos de probar, que no dan al hombre, 1º principio alguno de certeza, 2º ninguna regla de sus juicios.

Tengamos, en efecto, presente que todos los sistemas de filosofia, modificados y combinados del modo que se quiera, se reducen á tres, relativo cada uno de ellos á cada uno de los medios que tenemos para conocer. En una palabra, cuando se quiere que el hombre individual halle en sí la certeza, es absolutamente preciso que lo consiga, ya por los sentidos, ya por el sentimiento, \* ya por el racionio.

\* Tienen los hombres, segun hemos probado, el sentimiento de Dios (*Ensayo*, tom. III, cap. II), el sentimiento de su propia existencia, el del bien y del mal moral, etc.; con que hay verdades de sentimiento, y se reconocen estas mismas verdades, asi como las de sensacion y racionio, por el testimonio que nos enseña están afectados todos los hombres de los mismos sentimientos, y del mismo modo que nosotros. No debe confundirse el sentimiento con el sentido íntimo. El sentido íntimo es la conciencia de lo que experimentamos en nosotros mismos. Por lo tanto tenemos conciencia de nuestras sensaciones, nuestros sentimientos, y nuestros juicios; en una palabra, de nuestras percepciones, sean las que fueren. Luego el sentido íntimo no es mas que la impotencia de dudar, ó la creencia invencible con que estamos afectados de tal ó cual modo. Nos instruye de lo que pasa en nosotros; nos enseña, por ejemplo, que formamos tal

Hacemos ver como los filósofos que constituyen el principio de certeza en los sentidos y en el sentimiento, se encaminan al escepticismo; y lo que decimos sobre este particular, no es mas que el resumen de lo dicho por ellos mismos. No podemos ciertamente impedir que el materialismo y el idealismo sean sistemas escépticos; y cuando hemos querido manifestar que en efecto van á parar al escepticismo absoluto, y que por consecuencia son tan absurdos como peligrosos, ha sido preciso dar la prueba de ello y citar las confesiones de los filósofos que han sostenido los sistemas que tratábamos de combatir.

Con respecto á los que constituyen el principio de certeza en el raciocinio, se acaba de ver no hemos avanzado cosa alguna en que ellos no convengan, y que, á pesar de *la licencia que se toman de afirmar*, por hablar como Bacon, no es su sistema menos escéptico que los otros dos.

juicio, que tal proposicion nos parece evidente, etc.; pero no es él una prueba cierta de que este juicio sea verdadero y que esta proposicion sea en realidad evidente, pues de lo contrario seria tan imposible que el hombre se equivocase alguna vez, como es imposible no sienta lo que siente.

Es muy raro se nos haya acusado de escepticismo, solo porque hacemos ver lo arriesgado de su doctrina y que la reprobamos.

Con arreglo á esto, chocó á ciertos sugetos un pasage de nuestro tercer volúmen, asi concebido: «Luego cuando Descartes, probando á salir de su duda metódica, establece esta proposicion: *Yo pienso, luego existo*, pasa un abismo inmenso, y pone en el aire la primera piedra del edificio que pretende levantar». Ciertamente no imaginaban estos sugetos que el mismo Descartes confiesa en términos formales cuanto dijimos en este pasage; sin hablar aquí de otros muchos defectos que hemos indicado en su célebre proposicion, reconoce él mismo que su certeza depende de la certeza de la existencia de Dios, y de la imposibilidad en que le concebimos para engañarnos. Todo el que diga, *yo existo*, antes de estar cierto existe Dios, y que no puede engañarnos, afirma ciertamente, sin razon alguna para afirmar, ó *pone en el aire la primera piedra del edificio que pretende levantar*; y suponiéndole sin

prueba de la existencia de Dios, *pasa un abismo inmenso*, es decir todo el espacio que hay entre la duda absoluta y la certeza, el que hay entre el ente contingente y el necesario.

Habiéndonos convencido un atento exámen de los diversos sistemas filosóficos de que el hombre *solo*\*, ó el hombre que busca en sí mismo la

\* Parece no habian advertido algunos, que consideramos al hombre en la condicion de aislado, aunque no hayamos dejado pasar ninguna ocasion sin advertirlo. Oponemos casi á cada página del *Ensayo* la *razon particular*, la *razon aislada*, la *razon del hombre solo* á la *razon general* ó á la *razon humana* propiamente tal. (*Véase*, tom. III, prólogo, y cap. I, II, III, á cada paso.) Cuanto á lo demas, por estas palabras, *razon particular*, *razon individual*, *razon del hombre solo*, no entendemos la *razon* de un hombre solo, que realmente y de hecho hubiese nacido y vivido fuera de la sociedad de sus semejantes; porque tal hombre, privado de lenguaje é ideas, lo estaria de *razon*. El hombre que suponemos es el hombre de Descartes, ya en el seno de la sociedad, con el uso de la palabra, de las ideas adquiridas y el hábito de la reflexion, separándose voluntariamente de las otras inteligencias, y buscando en sí mismo el fundamento, la última *razon* ó la *certeza* (porque son sinónimos todos estos términos) de las verdades que ha percibido su entendimiento. Aquí está nuestra hipótesis, igual á la de todos los metafísicos y filósofos, sin excepcion: y esta condicion sistemática de aislado, es el estado efectivo en que se constituyen todos los incrédulos, sean los que fueren, cuando se trata de la Religion, segun hemos demostrado en nuestro primer volumen, haciendo ver al mismo tiempo, que por

verdad por medio de su *razon individual*, juez sin apelacion de todas sus creencias, no puede llegar á nada de cierto, se sigue que ese hombre deberia, para ser consecuente, dudar de todo.

Mas no lo permite la naturaleza, nos fuerza á creer<sup>1</sup>, aun cuando nuestra *razon* perciba motivos de duda, ó la posibilidad de ser falso lo que le parece verdadero. « Así se halla el hombre en « la impotencia natural de demostrar plenamente « te alguna verdad, y en una igual impotencia « de negarse á admitir ciertas verdades..... « Se forma á pesar nuestro, en el entendimien- « to, una serie de verdades que no puede des- « truir la duda, bien sean adquiridas por los « sentidos, bien por cualquiera otra via. De « este clase son todas las verdades necesarias á « nuestra conservacion, todas las verdades en « que se funda el comercio ordinario de la vida y « la práctica de las artes y oficios indispensa-

consecuencia natural, el protestante, el deista y el ateo, impotentes para establecer una doctrina cualquiera se veian conducidos, sin poder menos, de un grado á otro hasta el escepticismo absoluto.

<sup>1</sup> *Ensayo*, parte III, cap. I.

bles. Creemos firmemente que hay cuerpos dotados de ciertas propiedades, que el sol saldrá mañana, que abandonando las semillas á la tierra, esta nos devolverá sus frutos. ¿ Quién dudó alguna vez de estas cosas ni de otras semejantes ? »

Esta fe invencible es un hecho universal é incontestable, y que se atestaria aun cuando se negara, porque para negarle seria necesario hablar, y por consecuencia creer la existencia de la palabra, creer su analogía arbitraria con nuestro pensamiento y con el ageno, seria necesario creer la realidad de la propia existencia, y la de los demas hombres, etc., etc.

Nosotros pues partimos de este hecho, sin tratar de explicarle, sin el intento de demostrar que lo creído por nosotros firmemente, asi como por los demas hombres, sea necesariamente verdadero <sup>1</sup>, sabemos únicamente que esta fe es conforme á nuestra naturaleza, ó mas bien que ella es nuestra naturaleza misma, pues

<sup>1</sup> *Ensayo*, parte III, cap. I.

<sup>2</sup> *Ibid.*

que nos es imposible superarla, y si la destruimos, destruiríamos nuestra inteligencia y nuestro cuerpo.

Siendo así que la filosofía propende á desterrar de nuestro entendimiento todas las verdades que se conservan en él por la fe sola <sup>\*</sup>, y que la fe misma se conserva, á pesar de cuantos esfuerzos pueda el hombre hacer para destruirla, debe ser ella la base de nuestros conocimientos y el principio de nuestra razon; y para resolver enteramente el gran problema que se propusieron los filósofos, no queda otro medio, sino encontrar la regla de nuestros juicios.

Aun cuanto á esto, en lugar de contraerse á sí mismo y perderse en indagaciones interminables, basta abrir los ojos para conocer se determinan naturalmente los hombres por el comun consentimiento, cuando tratan de apreciar lo verdadero y lo falso. Cuando quieren cerciorarse de que tal sensación, tal sentimiento, tal raciocinio es

\* No se trata aquí de la fe como gracia sobrenatural en el orden de la salvacion. Entendemos por esta fe una creencia, de ningun modo determinada por las pruebas racionales.

conforme á la verdad, consideran si los demas hombres sienten y discurren como ellos. *Su juicio, que, como advierte Nicole, siempre es débil y tímido cuando obra por sí solo, se tranquiliza cuando se ve apoyado por el auxilio de otro.* Quanto mas general es el acuerdo ó conformidad, tanto mayor es la confianza ó la certeza; y esta es tan completa como puede serlo cuando el acuerdo ú la conformidad es universal. Si, con efecto, pudiera equivocarse la razon de todos los hombres ó la razon humana cuando atesta que una cosa es verdadera, no seria posible la certeza, por ser evidente que no pueden los hombres llegar á la certeza sin el auxilio de la razon humana. El consentimiento comun ó la autoridad, esta es la regla natural de nuestros juicios, y la locura consiste en separarse de esta regla, por dar oídos á la razon propia, con preferencia á la razon de los demas. De aquí se deduce que el principio mas general de la filosofia y de la incredulidad, es la definicion exacta de la locura, y por lo mismo *el sentido comun*, á quien nunca pueden engañar los sofismas, declara loco al que opone su razon particular á la razon general.

• Tenemos reconocidas, hasta el presente, tres cosas: 1<sup>a</sup> la imposibilidad de hallar en nosotros la certeza racional, ó en otros términos, *de hallar en nuestra razon el fundamento de nuestra razon*\*; 2<sup>a</sup> la necesidad invencible de creer; 3<sup>a</sup> la regla natural que determina nuestras creencias, es decir, la autoridad ó el consentimiento comun.

Supuesto ya todo esto, probamos la existencia de Dios por el unánime consentimiento de los pueblos. Demostramos que desechar esta verdad, es negar la razon universal, y por consecuencia renunciar del derecho de usar su propia razon; que en este caso haciéndola entrar de nuevo en la condicion de aislada, donde la hemos considerado, desde un principio, ella busca en vano una base sobre que poderse apoyar; ya no tiene ninguna regla de juicio; y así, para guardar consecuencia, debe dudar de todo sin excepcion. La diferencia que hay, quanto á esto, entre el ateo y el *teísta*, no procede de que el uno *pruebe* la razon, y de que el otro deseche las

\* Nótese que digo *en nuestra razon*, y no *por nuestra razon*.

pruebas ; consiste en que el teísta dice : *creo en la razon humana*, y que el ateo dice : *y no creo en ella*.

La razon que no creyese en Dios, no podria creer nada *razonablemente*. Pero, admitida la existencia de Dios, como el hombre está iluminado con una nueva luz, percibe claramente la razon de los hechos, que tenia obligacion de reconocer sin poderlos explicar.

En primer lugar, ve que la certeza racional de su ser, en cuya busca trabajaba al paso que ella siempre se le huía, no puede en efecto estar en él, porque esta certeza no es mas que la razon misma de su existencia, la propia que ningun ente contingente podría hallar en sí mismo. La última razon de todo lo que existe, ó la certeza absoluta, reside únicamente en el Ser necesario<sup>1</sup>; y así se explica porque la duda racional llena todo el espacio que hay entre Dios y las inteligencias criadas. Deben ellas ascender hasta su causa, para estar seguras de sí mismas.

<sup>1</sup> « La esencia inmutable de Dios, es la razon inmutable de todas cosas. » FENELON, *Refut. du P. Malebranche*, cap. XXIII. *Œuvres*, tom. III, p. 161. Edic. de Versailles.

En segundo lugar, se ve como y porque, no solo el hombre, sino tambien todas las inteligencias finitas, comienzan necesariamente por la *fe*, que es el fundamento de su razon. ¿Qué es, en efecto, ser inteligente sino conocer ó poseer la verdad? Luego la verdad debe haberse dado á la inteligencia en el momento de nacer, y Dios no la cria, ni puede criarla sino manifestándose á ella misma. Como constituyen su vida las primeras verdades recibidas por ella, le es tan imposible no admitirlas ó no creerlas, como le es imposible no ser criada, y si pudiera ella superar esta fe vital, podria anonadarse.

En tercer lugar, como Dios es la verdad esencial, ó el Ente necesario, infinito, no ha podido manifestar á su criatura sino la verdad ; y como el error no es mas que una privacion, ó la misma nada, no podria, en caso alguno, venir á ser un principio de vida. Luego, las primeras verdades, manifestadas ó atestadas por el Criador en el

<sup>1</sup> « Lo verdadero, » dice Bossuet, « es lo que existe, y lo falso « lo que no existe. » *Traité de la connaissance de Dieu et de soi-même*, p. 76.



origen, tienen una certeza infinita, porque son necesariamente una porcion de la verdad ó del Ente infinito.

En cuarto lugar, como no es posible haya vida intelectual sin el conocimiento de estas verdades, se las debe hallar en todas las inteligencias, y reconocerlas como tales por el carácter de universalidad.

Sabemos de seguro que estas verdades son universales, por el testimonio de los hombres, y que son ciertas, por el testimonio de Dios.

De aquí debe inferirse necesariamente, que la razon general de los hombres ó la razon humana, es la regla de la razon particular de cada hombre, así como la razon de Dios manifestada primitivamente, es el principio y fundamento de la razon humana; y no se destruye mas la razon individual dándole una regla fuera de sí misma, que se destruye la razon general retrayéndola á su origen que está en Dios\*.

\* Permitasenos hacer aquí una observacion que nos parece importante. Los sistemas de filosofía con arreglo á los cuales debe cada hombre, poniéndose desde luego en un estado de completa duda, buscar en sí mismo una primera verdad cierta de donde

deduzca todas las demas, se oponen de tal modo á la naturaleza que seria imposible reducirlos á práctica sin caer en un sinnúmero de contradicciones; como Descartes quien despues de haber dicho, *yo dudo de todo*, habla, discurre, arguye; todo lo cual supone necesariamente que él cree en el idioma, en las ideas que expresa, y en fin en la razon misma. De suerte que, segun él, para llegar á la verdad y á la certeza, seria necesario que estuviese el hombre en un estado á que es imposible llegar. La doctrina del *sentido comun*, por el contrario, considera el hombre tal, cual es en su estado natural, es decir, *creyendo* mil y mil cosas, y partiendo de esta fe invencible le dice ella: « Aislado puedes equivocarte, pero compara tus creencias con las de los demas hombres, y considera como verdadero lo que todos creen; porque si la razon universal, la *razon humana* pudiese errar, no habria para el hombre verdad ni certeza. » Aquí no hay ninguna dificultad ni contradiccion; y esta regla es de tal modo verdadera, tan conforme á nuestra naturaleza, que es imposible dejar de seguirla en todo cuanto pertenece á la vida física y á las relaciones sociales; y pereceria la sociedad, si se le substituyese la regla filosófica.